

en su retiro, y quiere elevar el estado monástico á la mas alta perfeccion.

Comienza por determinar á sus religiosos á privarse del uso del vino y del pescado, les hace no permitirse el de los huevos sino muy raras veces y el de la vianda solo en las mayores necesidades. Las relaciones con los seglares se interrumpen casi del todo y se restablece el trabajo de las manos, la pobreza, la sencillez, la disciplina, la mortificacion, el ayuno, el rézo, las vigili-
 H

as, la desnudez de piés en el miércoles de ceniza y viernes santo y la abstinencia de los seis viernes de cuaresma.

La reforma se establece en todo su mas grande rigor y él es el primero en dar el ejemplo. Monje solo entre sus monjes, penitente solo entre sus penitentes, olvida Rancé que ha sido abad comendatario y no piensa en ser mas que un indigno siervo del Señor.

Veíasele por la mañana levantarse al primer toque de campana y sus ayunos eran tan continuos y tan austeros, que no se comprendia como podia vivir comiendo tan poco, él que estaba acostumbrado á tan suculentas comidas y á tan opíparos banquetes. Escojia siempre para sí las tareas mas humillantes y mas rudas, y volvía casi siempre del trabajo tan fatigado que apenas podia sostenerse.

Era un espectáculo verdaderamente admirable en Francia, y cuando la corte de Luis XIV daba al mundo el ejemplo de la mayor disipacion y de la mayor locura, ver alzarse sombrío el convento de la Trapa, como se alza un ciprés en un jardin, y verle seguir los rígidos preceptos, las austeridades primitivas de los Bernardos y los Benitos.

Rezar continuamente y de corazon tan solo, trabajar sin descanso, sufrir todas las privaciones y penitencias imaginadas por el ascetismo, vivir juntos sin jamás conocerse, ni siquiera de nombre, sin nada saber jamás del mundo ni aun la muerte de una madre ó de una hermana, inclinarse cada dia sobre la huesa abierta, remover y agitar en ella el azadon tantas veces como la idea de la muerte en su corazon, olvidarse de la lengua de sus padres salvo aquellas palabras para las cuales se abria solo su boca de hora en hora como una puerta de hierro: *Hermanos, morir debemos!*, he ahí lo que era aquella Tebaida perdida en las soledades y entre los follajes macilentos de los valles de Normandía; he ahí las seducciones que ofrecia á las almas lastimadas aquel Claraval del que era Rancé su San Bernardo.

Una asamblea de abades y superiores de la estrecha observancia que tuvo lugar en el colegio de Bernardinos de París en 1664, le obligó á dejar á sus compañeros. Durante su ausencia, el prior de su monasterio que habia es-

cojido él mismo como un religioso sobre cuya piedad y austeridad se podia contar, en vez de mantener la regularidad, no pensaba mas que en alterarla y en introducir la relajacion. Llegó hasta hacer servir pescado en el refectorio, á dar á los religiosos el ejemplo de comerlo, á violar la abstinencia que se habian prescrito y cuya observancia prometieran cumplir al abad.

El sub-prior, lleno de zelo y de firmeza, se opuso junto con los otros religiosos, y se mantuvieron á pesar del prior en todas aquellas prácticas de austeridad que habian restablecido á persuasion de Rancé. El abad de Prieres vióse obligado á ir para restablecer la paz y la tranquilidad y, para mejor éxito, creyóse obligado á enviar al prior á otro monasterio mientras el regreso del abad que no volvió hasta el mes de Mayo de 1666.

Cuando el abad de la Trapa pisó de nuevo los umbrales de su retiro querido, tuvo el consuelo de hallar la misma observancia regular que habia establecido. La ausencia del prior habia consolidado el orden.

Pero no estaban acabadas las pruebas á que Dios quiso someterle en su larga carrera monástica al igual de las desgracias que se habian enlazado unas con otras en su vida mundana.

Las vigili-
 as, los ayunos y las austeridades del claustro habian acabado de arruinar su cuerpo gastado ya por los placeres de una juventud desarreglada y culpable. Una enfermedad aguda se apoderó de él. Hizose transportar á la enfermeria de donde no salió hasta al cabo de un mes de haber entrado. A datar de este momento, ya no le fué posible asistir á los trabajos de la comunidad ni presidir como otras veces el capítulo. Una fiebre lenta que no le abandonó ya mas le fué insensiblemente minando.

Escapado como por milagro á un peligro de muerte inminente, Rancé volvió los ojos á su alrededor y se vió rodeado de sepulcros. Una mortandad terrible habia diezmado el monasterio; treinta y siete religiosos bajaron uno tras otro á la mansion de los muertos. Fué una epidemia terrible.

Entonces fué, tomando pretesto de esta circunstancia, cuando se desencadenaron contra él las mas violentas sátiras. Se atribuyó aquella mortandad al mal alimento, á los ayunos y á las demás austeridades: las calumnias llovieron sobre el abad. Unos se obstinaban en no ver en Rancé mas que un amante infeliz, imponiendo á sus monjes las duras espiaciones de su dolor y de sus faltas pasadas; otros le presentaban como un ambicioso aspirando á la gloria de ser reconocido por gefe de la orden; quien decia que era un sacerdote indócil que, despues de haber sustraído á su obispo el monaste-

rio que dirigia, elevaba él mismo, por una violacion de disciplina, sus monjes á la dignidad del clero; quién añadia, en fin, que era un novador sin freno que, condenando injustamente lo que hallaba establecido, pretendia removerlo todo para conducir, á pesar de los tiempos, todas las órdenes religiosas á una quimérica perfeccion y á una impracticable regularidad.

Ni libelos, ni sátiras, ni calumnias, ni observaciones pudieron nada en aquel hombre de bronce que se llamaba Rancé. Aplicóse con tanto mas ardor á mantener sus austeridades cuando que habian cesado las enfermedades y que varios novicios fuertes, jóvenes y fervientes se habian presentado á llamar á la puerta de la Trapa. Su salud que iba poco á poco restableciéndose, no le servia únicamente para conservar las prácticas que habia introducido, sino que le daba el medio de componer varias obras en su defensa.

La publicacion de estas obras dió nuevo pié á la envidia y á la calumnia para asestar sus dardos. Entonces fué cuando mas encarnizados estuvieron sus destructores en motejarle de ambicioso y de hipócrita. La obra que indudablemente promovió mas censuras, fué su *Tratado de la santidad y de los deberes del estado monástico*. El padre Mabillon defendió contra Rancé, pero con mucha moderacion, los estudios monásticos que el abad de la Trapa dice ser la ruina del estado monástico.

Llegó en esto 1684 y la Trapa abrió de par en par sus puertas á todos los que pedian hacer penitencia. Ningun estado fué escludido. Solo estableció el reformador tres grados diferentes, tres categorias puede decirse: los religiosos de coro, los conversos y los donados. Hacian parte del primer grado los que tenian algunos talentos ó habian estudiado las bellas letras; los que no eran letrados pero que sabian un oficio hacian parte del segundo; el tercer grado se componia de los que no tenian ni instruccion ni profesion.

Verdad es que el abad de Rancé, segun uno de sus biógrafos, empleaba casi todos los instantes robados á sus trabajos intelectuales á instruir, á formar y á dirigir todas aquellas naturalezas incultas, diferentes de costumbres y de caracteres opuestos, pero tambien es preciso confesar, por parte del autor de estas líneas al menos, que estas tres clases divididas en tal forma se parecian demasiado á las tres del estado, clase alta, clase media y clase baja, y no deja de ser extraño el hallarlas en el fondo de un claustro, donde nobles y plebeyos vestian el mismo humilde sayal, donde grandes y pequeños todos se inclinaban reverentes proclamando la igualdad ante Dios.

En la época de esas admisiones frecuentes es cuando tuvo lugar en la Trapa una escena estraña, solemne, terrible, que dejaremos que el abate Mar-

sollier nos la refiera con su característica sencillez, tal cual la consigna en la vida del célebre reformador:

«Algunos dias despues de Pascua un religioso de la órden de San Francisco, de unos treinta años de edad, llegó á la Trapa arrastrado por una simple curiosidad que era muy comun entonces, y despues de haber predicado durante la cuaresma en las poblaciones de aquellos contornos. Al siguiente dia de su llegada, tuvo una conversacion con el abad, confesándole entre otras cosas que sentia deseos de retirarse á su monasterio, pero que no podia resolverse á entrar en él tan jóven, que la austeridad de que hacia profesion le arredraba y que, al cabo de algunos años sin duda, se decidiria á ejecutar su designio. El abad de la Trapa le preguntó si estaba seguro de vivir estos años que se proponia, si no desconfiaba de la inconstancia de la voluntad, siempre rebelde cuando se trata de hacer el bien; en fin, si estaba seguro de que la gracia que Dios le daba le seria entonces acordada. Si una de estas tres cosas falta, añadió, que será de vuestro designio? qué de vuestra salvacion? Es permitido arriesgar una cosa de tanta importancia en que de nada menos se trata que de nuestra dicha ó de nuestra desgracia eternas? Añadió aun varias razones muy convincentes y le instó vivamente, contra su costumbre, á no diferir la ejecucion de un proyecto que solo podia ser inspirado por Dios. Pero, vanos fueron sus esfuerzos; el religioso no accedió y persistió en su primera resolucion. Al terminar esta conferencia, fué á celebrar y asistió á la misa mayor, y, cuando hubo llegado la hora, se le acompañó á comer á la sala de los huéspedes. A mitad de comida se desmayó, y sintióse tan malo repentinamente que se vieron obligados á llevarle á la cama. El abad de la Trapa acudió en seguida y le hizo dar todos los cuidados que requeria su estado. Todo fué inútil. Una hora despues, el jóven religioso moria sin haber podido recobrar la palabra, sin ni siquiera haber vuelto en sí. Con gran asombro de todos llevóse muerto por la tarde á la iglesia al que por la mañana se le habia visto disfrutando de cabal salud. Hízole enterrar el abad con las mismas ceremonias que se observan á la muerte de los religiosos de la casa, y puede verse su sepultura en el cementerio de la Trapa. El abad, añade Marsollier, se sirvió despues útilmente de este ejemplo para predicar á sus hermanos el desprecio de la vida, el temor de los juicios de Dios y aconsejarles que tuvieran una fiel correspondencia con la gracia.»

La Trapa, bajo la direccion de Rancé, habia adquirido una celebridad y una fama universales y de todas partes se iba allí en peregrinacion, atravesando tierras y mares. Dígalosino entre otros, Charmon, el misionista de

Levante que se puso en camino para ir á visitar la Trapa y su abad, desafiando los peligros de una borrascosa navegacion. Todo lo que habia de mas grande y de mas elevado en la Iglesia y en el estado, los obispos, los arzobispos, los cardenales, los embajadores, los príncipes, las princesas, todos se apresuraban á asistir al maravilloso espectáculo que á la sazón ofrecia la Trapa bajo la rigida direccion del abad de Rancé.

Las cristianas virtudes de aquellos pobres y humildes solitarios cautivaban de tal manera y atraian de tal modo que, ya lo hemos dicho al principio, lo mejor de la sociedad se despedia del mundo para ir á sepultarse en aquel claustro silencioso y fúnebre como una tumba. El abad Marsollier cuenta que un cardenal, un arzobispo y varios otros prelados quisieron renunciar á sus dignidades para retirarse á la Trapa y que fué necesaria nada menos que toda la autoridad del papa para disuadirles de su proyecto.

Entre los personajes mas célebres que contó Rancé entre sus huéspedes, es preciso poner en primer lugar á los reyes de Inglaterra que de allí se vieron obligados á fugarse á consecuencia de la revolucion en 1688.

El famoso duque de Saint Simon, antiguo conocido de Armando de Rancé, iba frecuentemente á la Trapa, particularmente durante sus dias de prueba y de desencantos mundanos, á fin de encontrar en las conversaciones con el célebre reformador el valor que le abandonaba.

A Saint Simon debe la posteridad el poseer el retrato del abad de Rancé. Él mismo cuenta en sus memorias la estratagema á la cual recurrió para poder legar á la historia las facciones fieles de su antiguo amigo. Llevóse un dia con él al pintor del rey, Rigaud, hizole esconderse en una habitacion que daba á la en que acostumbraba estarse Rancé, y el hábil artista se inspiró tan bien del modelo que tenia ante los ojos, que hizo de memoria un hermoso retrato del abad.

Por esta época fué cuando este último convencido, segun opinion de un biógrafo, de que nada podia contribuir mejor á afirmar en su monasterio el orden y la disciplina que asegurarse un prior perpétuo, se dirigió al rey para obtener el derecho de elegir un prior claustral. Su solicitud fué atendida y dos breves del papa con una patente del monarca autorizaron á los religiosos de la Trapa, en caso que su abadía tornara á convertirse en encomienda, para elegir un prior de entre ellos por tres años.

Gefe de una dinastía religiosa, todos los esfuerzos de Rancé tendian á perpetuarla. Y es muy justo, sin embargo de no haber faltado historiadores que de ello le han hecho una especie de crimen. El mismo Brot tantas veces

citado, no vacila en atribuir al abad de la Trapa pensamientos de orgullo y de vanidad que no podian caber en aquella alma grande, cuya vida por espacio de veinte y cinco años solo fué una continua aspiracion al cielo.

Yo á lo menos no lo comprendo así. Comprendo solo que Rancé al demandar un sucesor, quiso únicamente bajar al sepulcro con la idea de que no habia sembrado en vano en una tierra esteril, con el consuelo de que no se desmoronaria piedra á piedra el monumento por él elevado á tanta costa, con la esperanza de que almas heridas y desengañadas como la suya podrian tal vez ir á refugiarse como él en el fondo de aquel claustro, como él hallando en la oracion y en el silencio fuerzas suficientes para terminar santamente una vida de espiacion.

Cualquier otra idea estaria en oposicion con sus actos.

No vemos á Rancé, antes de bajar á la tumba, dimitir su cargo y someterse por completo á la obediencia pasiva que prescribia la regla de San Benito?...

En efecto, no contento con que se diera á la comunidad el derecho de elegir prior, quiso antes de morir tener el consuelo de ver á su sucesor al frente de su abadía. Zózimo fué nombrado. Entonces considerándose el mas inferior entre los inferiores, el último entre sus religiosos, se prosternó á los piés del nuevo abad y le dijo:

—Padre mio, os prometo la obediencia que os debo como á mi superior y os suplico que me trateis como al mas ínfimo de vuestros religiosos.

Zózimo hizo vanos esfuerzos para levantar á su antiguo director y por fin poniéndose tambien de rodillas, le respondió abrazándole y llorando:

—Y yo, padre mio, os renuevo lo que os prometí á mi entrada en esta santa casa y os aseguro no separarme de ella jamás.

Zózimo no tardó en morir. Una fiebre maligna le abrió las puertas de la eternidad en 1696 á la edad de 35 años. Rancé, postrado por sus achaques, demandó otro prior y, accediendo á ello el rey, Francisco Armando sucedió á Zózimo.

Pero este nuevo abad tomó una conducta enteramente opuesta á la que habian seguido sus antecesores. Introdujo dispensas en la estricta regla del reformador, admitió un gran número de religiosos, y en una palabra, trató de seguir una marcha no conforme con las ideas, con los principios de Rancé aceptados por sus solitarios.

Esto produjo naturalmente una sensacion, una alarma en el claustro. La guerra civil estalló en el interior de la aislada abadía.

Fué de corta duracion. Arrepentido Francisco Armando del mal por él causado y de las consecuencias que podia reportar, renunció su cargo, y otro prior, Jacobo de La Tour, ocupó su puesto y terminó con sus ejemplares disposiciones la guerra comenzada.

Así es como Rancé moribundo casi, vió cruzar por delante de él y dibujarse en el cuadro por su mano bosquejada, los perfiles de tres sucesores encargados cada uno de continuar la obra empezada por su dolor, su esperanza y su remordimiento.

V.

SU MUERTE.

En esto, ya Armando de Rancé se acercaba al término de sus fatigas.

Hemos asistido al poema de su vida; justo es que asistamos al drama de su muerte.

Tiempo hacia ya que le molestaba un reumatismo que se habia apoderado de casi todo su cuerpo y que acabó por fijársele muy particularmente en el brazo y en la mano izquierda. Formósele un tumor, hízosele una incision y se le creyó salvado. Pero no tardó el brazo derecho en seguir á su compañero, al propio tiempo que una tos violenta no le dejaba reposar y que su enfermedad se complicaba con otras varias.

Postrado por tantos males juntos, veíase condenado desde las dos de la mañana hasta las siete de la noche á permanecer casi inmóvil en una silla de paja.

Ahora bien, segun un autor que la ha visitado, es preciso saber que la enfermería de la Trapa es una soledad en medio de la soledad, una especie de tum-

ba donde los monjes, amortajándose vivos, no tienen comercio alguno con los hombres. El silencio es allí espantoso porque no está endulzado por ningun ejercicio comun que remueva el alma. Rezar solo, vivir solo, comer solo, trabajar solo, sufrir solo, he ahí la vida del trapense enfermo.

La enfermedad de Rancé fué una larga y prolongada agonía. Sin embargo, á pesar de su estado de estrema debilidad, asistia todos los dias á la misa sostenido por un converso y á menudo se le oia decir en voz baja, durante la santa comunión: *Christe Salvator mundi, miserere mei.*

El reloj de su vida iba á dar su postrer campanada. Jacobo de Latour creyó deber hacer advertir de ello al obispo de Seez, y este prelado corrió á la abadía para volver á ver aun una vez en la tierra al amigo que el cielo le iba á arrebatár.

Halló al moribundo sentado en su acostumbrada silla, tranquilo el ánimo y libre el espíritu. Quiso Rancé levantarse al ver á su amigo para estrecharle en sus brazos, pero volvió á caer sobre su asiento. Demostróle empero su alegría de tenerle allí en su última hora y pidió confesársele á él de todos los errores de su vida entera.

Terminada su confesion, se volvió hácia el obispo y le dijo con voz dulce:

— Ya es tiempo de prepararme la paja y la ceniza á fin de que muera en la penitencia como han muerto mis hermanos.

Se le trajeron ceniza y paja y se le acostó encima.

Los religiosos sus hermanos entraron entonces en la habitacion deshechos en llanto. El abad de Rancé se incorporó sobre su lecho de muerte y dirigió á los presentes con voz moribunda una tierna alocucion impregnada, dice un biógrafo, de las luces divinas que comenzaban ya á iluminarle.

Los salmos de los agonizantes empezaron.

El obispo de Seez que estaba junto á él de rodillas tenia una de sus manos entre las suyas, repitiendo por intervalos algunos versículos de los salmos que Rancé acababa con tanto fervor como unción.

Llegó un momento en que su voz se debilitó de tal modo que se le creyó muerto, pero recobrándose, dijo con voz oscura.

— O eternidad! qué dicha, ó Dios mio, de estar toda una eternidad con Vos!

Presentósele entonces un crucifijo y lo besó lo propio que una calavera que habia al pié de la cruz.

Sin embargo, la excesiva debilidad de sus fuerzas hizo comprender que